



Arbol de pajaritos caidores con artificio hidráulico. —Del libro de Ramelli (Paris, 1588)

(Algunas notas prologales)

EN TORNO AL GUSTO DEL EMPERADOR POR LOS RELOJES

Por RAFAEL SANCHEZ MAZAS

I.— LOS GUSTOS IMPERIALES

Mediado el siglo XVIII, Su Graciosa Majestad Británica manda la primera Embajada al Emperador de la China.

Se delibera, concienzudamente, sobre qué regalo puede ser más digno de la gratitud imperial en el Celeste Imperio, y se opta por un admirable reloj. Con el gran horario de Pekín, tiene otros de diversos meridianos, esferas de los días, los meses y los años del Almanaque, sonerías y cilindros de música, planetario de astros de oro y plata, móviles en un cielo de esmalte, y no recuerdo bien si figuras de danza. Se parecía mucho al que atesora nuestro Palacio de las Cortes, aunque probablemente era todavía mayor y más lujoso. Inglaterra acertó

y el Emperador puso guardia de alabarderos al regalo de Londres. De Oriente a Poniente los relojes fueron siempre propios para halagar y entretener a los emperadores.

La caza, la música, la astrología, la lectura de antiguas crónicas, el ajedrez, el reloj, las ingeniosas máquinas, las maravillas, con su Octava española, son de siempre los gustos imperiales. Carlomagno, archi-emperador, se adornaba, natural y fabuloso, de todas o casi todas esas aficiones. Venían del tiempo alejandrino, que había combinado con ellas una rara invención: la cortesía. Entonces, como nunca, una era colmada hasta los topes de variadas guerras, de política, de amores, de